

2003

Aguas de marzo

Galería Alberto Sendros. Buenos Aires, Argentina

—
Instalación



Tejido en hilado acrílico 12m x 4,5m, 5 dibujos de 300 cm x 70cm, 2 dibujos de 300 cm x 210 cm, 1 dibujo de 300 cm x 140 cm, 40 dibujos

Un libro de arista, de más de 200 dibujos, explora la relación entre el agua y el cuerpo. Catálogo sobre los diferentes llantos, donde el único dibujo en el que las mujeres que no lloran es el de las Madres de Plaza de Mayo.

Aquel libro fue origen de la instalación "Aguas de marzo" que inauguró, en el año 2003, la galería Alberto Sendrós. La instalación estaba compuesta por dibujos de figuras femeninas apenas esbozadas por el trazo de la carbonilla -pero a la vez certeramente definidas en su identidad- realizados sobre grandes paños de papel, apenas sostenidos a la pared.

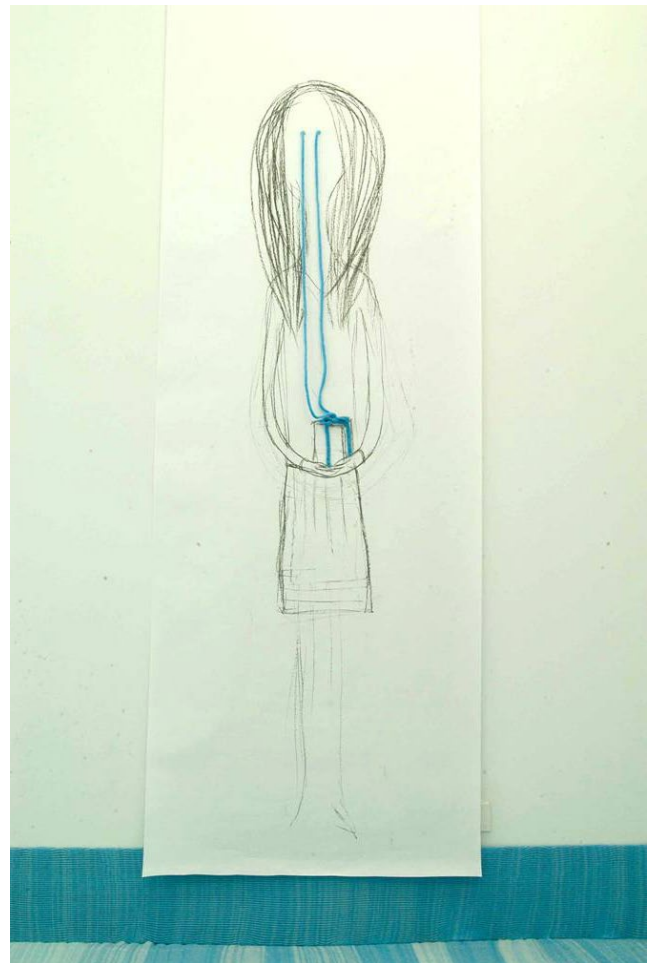
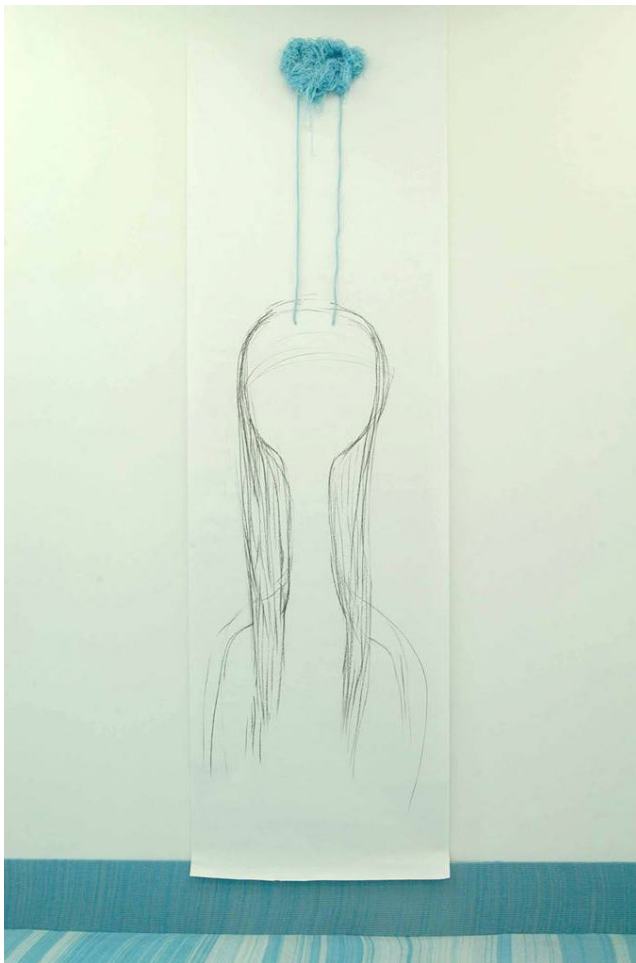


Para ingresar al espacio principal, el espectador era invitado a quitarse los zapatos, a caminar descalzo sobre el enorme tejido de hilado acrílico que se expandía sobre el suelo sugiriendo una continuidad natural entre el espacio dibujado y el espacio real.



Entre dibujo y dibujo, entre cuerpo y trazo, hilos de lana derraman cataratas desde los ojos de las mujeres de grafito. Envuelven, rodean, enlazan en una orgánica ligazón una figura con la otra, hasta convertirse en el río de lágrimas que cubre el piso de la sala.

El tejido en el espacio aplaca el sonido, convirtiendo la simple contemplación en una vivencia sensorial.



“El mar de lágrimas es una sensación de la pérdida.
El tejido es la corporalidad múltiple del ausente”
Roberto Amigo

Un mar de lágrimas, por Ana Gallardo.

Publicado el 8 de marzo de 2009 en el Suplemento Radar, de Página/12

Me gusta llorar. Mucho. A veces pongo un disco de aquellos que me inundan de melancolía, y me siento a llorar. Pongo la música muy fuerte, María Félix o Vicente Fernández. Nunca supe qué hacer con tantas lágrimas.

En mayo del año 2003, Alberto Sendrós inauguraba su galería y lo hacía con una exposición de Marina De Caro: Aguas de marzo. Para entrar a la sala principal en donde estaba la instalación, había que sacarse los zapatos y dejarlos a un costado. Este es un acto que siempre me produce mucho placer, es sencillo y cotidiano, pero que fuera de casa me provoca cierta vulnerabilidad y un reconocimiento del lugar un poco particular. La sala estaba alfombrada, zócalo incluido, con un enorme tejido de color celeste. Estaba acolchonadito, es decir que entrabas descalzo a un espacio muy claro y pisabas algo mullido. Una sensación deliciosa.

De las paredes colgaban unos dibujos de gran tamaño hechos en carbonilla sobre papel obra. Cada uno estaba sostenido a la pared por alfileres. En los dibujos se veían señoritas ágiles y graciosas, con unos enormes ojos germinados por largas lágrimas azules tornasoladas que caían de distintas formas: generosas y extrañas como una cinta que envuelve un regalo con moño, a veces como una madeja de gran grosor o simplemente caían así, sueltas. Eran lágrimas de emoción, de alegría, de risa, de tentación, de viento contra la cara y contra marea, lágrimas dulces, compensadas, compenetradas, amorosas, envolventes, desesperadas y desesperantes. Lágrimas porque sí, lágrimas por llorar porque tengo ganas. Y todas ellas caían mansamente e inundaban la sala de la galería, componiendo un enorme y gran mar de aguas de marzo.

Y por allí caminaba yo, descalza y sola, sintiendo que había encontrado una respuesta y un lugar que me pertenecía. En cada dibujo, cada una de aquellas mujercitas ejercitaba una posición física incomparable: una saltaba, otra volaba, otra bailaba, aquella ofrecía un regalo y aquella otra caía de cabeza y cada una de ellas proponía un juego de destreza infinita, como si todo fuera posible. Así solamente livianas, frágiles. Como llorar porque sí, escuchando a María Félix.

Caminé por ese espacio, descalza, sumergida en esas aguas tibias y sabrosas. La luz blanca seca pegaba sobre el piso y rebotaba dando una sensación de mareo, de borrachera.

Ese trabajo de De Caro siempre me ha fascinado y con el tiempo crece dentro de mí. Corresponde con una práctica artística sencilla. Siento que ejerce una gran influencia en mi trabajo porque es sencillamente económico de recursos y me manifiesta que con pocos elementos puede construir un lenguaje profundo y extremo. Sostiene una relación con la materia ligada directamente con la emoción. Esta forma de involucrar al espectador percibiendo no sólo con la mirada, sino con todo el cuerpo. Esta manera de trabajar sobre el espacio, con y sobre la arquitectura de la galería, me coloca en una situación diferente para leer y sentir la obra. Marina De Caro construye un paisaje penetrable. Ingreso a ese enorme dibujo y nado en esas aguas de lágrimas dulces, finas, silenciosas.